

Pensar lo sagrado

Crónica de las XIX Jornadas de Filosofía de la Universidad Pontificia Comillas

Olga Belmonte

Recibido 5 de noviembre de 2014
Aceptado 29 de noviembre de 2014

RESUMEN: El pasado mes de octubre se celebraron las XIX Jornadas internacionales de Filosofía de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid*. En esta ocasión el objetivo de las Jornadas era «Pensar lo sagrado». En esta crónica recogemos algunas de las aproximaciones al fenómeno de lo sagrado que allí se expusieron, con el fin de despertar en los lectores la inquietud por un tema tan actual y tan controvertido. A lo largo de la historia hemos conocido vivencias de lo sagrado que justifican la violencia contra quienes no reconocen la propia experiencia religiosa. ¿Qué relación hay entre lo sagrado y lo santo? ¿Puede mi vivencia de lo sagrado alejarme de lo santo? ¿Cómo establecer el límite entre lo profano, lo sagrado y lo santo?

PALABRAS CLAVE: numinoso, santo, alteridad, dignidad del otro.

Partimos en esta crónica de unas distinciones iniciales que estuvieron presentes en todas las aportaciones de las Jornadas. Lo profano es el ámbito en el que nos ocupamos de los asuntos humanos; lo sagrado, el ámbito en el que nos relacionamos con lo numinoso (lo santo). Lo sagrado es algo extraído del ámbito humano, que pasa a estar vinculado con lo divino. Es, por tanto, la mediación que hace posible la relación del hombre con lo di-

vino. Pero no todo lo mundano se presta a ser considerado como algo sagrado. La presencia de lo santo divide el mundo en dos ámbitos: lo profano y lo sagrado. Lo santo es lo separado. La expresión «santificarás el sábado» significa separarás el sábado del resto de la semana.

La primera de las ponencias, titulada «Entrar en el equívoco, salir de la confusión», fue pronunciada por el Profesor Jérôme de Gramont

* Las Jornadas internacionales de Filosofía se celebraron el 27 y el 28 de octubre de 2014.

(Institut Catholique, París). En ella se afirmó que lo santo sólo puede irrumpir en la vida humana como silencio. La voz de lo santo no es seducción, sino enseñanza de lo Otro, de lo Absoluto. Es lo sagrado lo que seduce. Es difícil resistirse a la seducción de lo sagrado y separarse para poder juzgarlo. Lo sagrado se siente, es lo cercano, pero hay que distanciarse para preguntarse si en lo sagrado está realmente presente lo santo. Para evitar la confusión entre lo sagrado y lo santo, hay que pararse, distanciarse y juzgar la experiencia de lo sagrado.

Inicialmente vivimos paganamente, reconociendo ídolos en la tierra. Como afirma Lacoste, el mundo en el que nacemos no ofrece las condiciones teóricas con las que acceder a lo santo. No es por deducción lógica por lo que se llega de lo mundano a lo divino. El paganismo se sitúa en la confusión entre lo sagrado y lo santo: para cada lugar hay un dios, un ídolo, una divinidad hecha de montañas, bosques y ríos sagrados. El pagano vive demasiado cerca de los dioses, porque todo está lleno de ellos.

El ateo es quien vive sin lo santo ni lo sagrado. Se puede tener experiencia del mundo sin abrirse a lo santo. Tanto el paganismo como el ateísmo se mantienen alejados de lo santo: la ausencia y la excesiva proximidad de lo santo nos alejan igualmente de él. En este sentido, afirma Kierkegaard que cuando el cristianismo le llega demasiado

pronto a alguien, es un peligro: no toda la alegría viene ya bautizada¹. Kierkegaard nos invita a preguntarnos si no hemos llamado sagrado y alegría a algo que realmente no lo era.

El Dios revelado acaba con los ídolos. La relación con lo santo, afirma Gramont, irrumpe en la relación del hombre con el mundo, perturbándola, pero no sustituyéndola. La humanidad del hombre no puede escapar a su mundanidad (vivimos en el mundo), pero tampoco puede quedar reducida a ella (nuestros deseos y la plenitud de nuestra vida difícilmente se reducen a la vivencia en el mundo).

Entre lo sagrado y lo santo hay una diferencia infranqueable (como la que hay entre lo mundano y lo divino). Esto significa que el hombre nunca podrá alcanzar ni definir por completo lo santo, pues está más allá de nuestra propia finitud. Por ello afirma Kierkegaard que un deseo que acaba y cicatriza no lo ha traído la eternidad. El deseo de lo santo nunca se satisface. Hay que vivir el deseo de lo santo como una

¹ Tomamos esta referencia de la comunicación presentada por Ángel Viñas, doctorando de la Universidad Pontificia Comillas. Las comunicaciones se presentaron en la tarde del martes 28 de octubre. En ellas participaron, además de Ángel Viñas, Javier Ruiz Calderón, Delia Aguiar, Raquel Lázaro y Carlos Blanco.

herida abierta que no puede cerrarse con nada de este mundo.

Debemos salir de la confusión de lo sagrado y lo santo: Moisés rompió las tablas de la ley porque se estaba venerando lo sagrado (convertido en ídolo), y no a lo santo. Para evitar esta confusión Gramont propone realizar una fenomenología de lo sagrado y lo santo desarrollada en tres momentos:

1. Salir de la confusión, distinguiendo los ídolos de lo santo.
2. Dialogar con la poesía. El poeta pagano nombra lo sagrado, pero no afirma ni juzga, sino que mantiene la ambigüedad de su experiencia.
3. Describir la experiencia inicial. Soñamos con afirmar una palabra fiel al origen, que traduzca la evidencia que se nos impone. Pero esta palabra no existe, no hay claridad sin defecto, cuando tratamos de nombrar lo santo.

Hay dos formas de aludir a la experiencia originaria: «el claroscuro del mundo» y «el equívoco de los signos sagrados». Tenemos la tarea de encontrar las trazas de lo santo en el mundo, pasando así de la evidencia del mundo a la «inevidencia» de lo divino. La experiencia religiosa es ambigua, pues no permite distinguir con evidencia si el sujeto se encuentra ante el divino, ante el ídolo o ante los ídolos. En las experiencias en las que el sujeto

se apodera de lo Absoluto, al tratar de dominarlo, lo pierde. El cuarto momento de la fenomenología de lo sagrado sería «entrar en el equívoco», en el claroscuro del mundo, para tratar de situarnos ante lo Absoluto, sin dominarlo. El hombre llega a lo esencial en la noche: en la proximidad peligrosa de la noche de lo Absoluto nace la vocación del hombre por lo Absoluto.

Tras el profesor Gramont, el segundo día se celebró una mesa interdisciplinar, en la que se dialogó desde la Filosofía y la Teología sobre las perspectivas múltiples de lo sagrado. En ella participaron Antonio Sánchez-Orantos y Francisco José López Sáez, ambos profesores de la Universidad Pontificia Comillas.

El profesor Sánchez Orantos señaló que las formas de lo sagrado son múltiples, por eso hablamos de la ambigüedad de lo sagrado. Podemos decir que lo santo es la verdad de lo sagrado. El espacio de lo santo es la alteridad, de ahí que no podamos acceder nunca a lo santo, que se mantiene siempre a distancia. Hay que acoger la alteridad, sin profanarla. Esto es lo que Lévinas llama «hospitalidad», que es en definitiva una relación de amor con el otro.

En diálogo con la tradición rusa, el profesor Francisco José López Sáez analizó las experiencias en las que lo sagrado enmudece. Lo santo no solo calla cuando se confunde con lo sa-

grado, también calla cuando se profana lo sagrado. En la antigüedad, el «homo sacer» era aquél que nadie podía sacrificar a los dioses, pero que todos podían asesinar sin ser castigados: era el hombre abandonado en el límite. Este concepto lleva a G. Agamben a situar lo sagrado en el campo de concentración, en el que el hombre queda reducido a lo no sacrificable, pero asesnable por todos. El hombre más sagrado es el que calla muriendo en el campo de concentración, en el que ha enmudecido lo sagrado. En el campo de concentración nadie puede ser sacrificado, porque no hay padre ante el que sacrificarlo.

En una situación en la que lo sagrado enmudece, Nicolae Steinhardt considera que hay tres salidas posibles, que no son religiosas, sino filosóficas: hacerse el muerto (quien no espera nada no puede perder nada); hacerse el loco (vivir sin compromisos, al día: a quien nada puede ofrecer, nada se le puede quitar); o no darse por vencido (extraer del sufrimiento un deseo loco de vivir y luchar por ello con entusiasmo).

En *El diario de la felicidad*, Steinhardt cuenta que la tercera opción (la resistencia y el entusiasmo por la vida) es la que le permitió salir del universo cerrado del totalitarismo, en la celda en la que permaneció encerrado en los campos de Rumanía. Era una celda siniestra hasta la

irrealidad, el infierno descolorido, un cráter apagado, y aun así, afirma que en ella vivió los años más felices de su vida. En aquél campo, todos los detenidos pactaron respetar la dignidad humana del otro. Fundaron en la caverna del infierno una «academia filosófica», en la que cada uno dedicaba una hora diaria a enseñar lo que sabía. Allí comprendieron que la memoria es una forma de promover la dignidad compartida.

Experiencias como esta, también vivida por E. Lévinas, muestran que con su resistencia y su entusiasmo, lograron que aquella situación no profanara la vida, el interior sagrado de cada persona. En la vida nada se pierde, incluso cuando enmudece lo sagrado. De un modo misterioso, las trazas de lo santo se vislumbran, la voz divina se escucha, incluso cuando lo sagrado desaparece. En estos relatos de sufrimiento en los que se profana lo sagrado, los gestos de bondad no acaban con la muerte, sino que vinculan con lo santo; los gestos de dolor constituyen aquí el cuerpo de una humanidad redimida en cada uno de los que fueron capaces de resistir a la barbarie. Es el amor, la hospitalidad que acoge la dignidad del otro, lo que mantiene vivo el vínculo con lo santo, más allá de las confusiones que provocan determinadas vivencias de lo sagrado. ■